

De profundis

Discurso pronunciado el 23 de noviembre de 2000 en el H. Senado Nacional por Néstor Taboada Terán con motivo de la condecoración con la medalla La Bandera de Oro.

Honorables Senadores de la República:
La condecoración parlamentaria en el grado de Bandera de Oro, que me habéis conferido, me llena de profundo orgullo nacional y os agradezco, especialmente, en nombre de la generación a la que pertenezco.

Estimo que este homenaje corresponde en justicia a mi generación, cuya hombría de bien le cupo heredar y continuar con los mayores sacrificios y padecimientos que soportamos los bolivianos desde el primer día de la creación de la República, que el notable historiador Charles Arnade calificó de "umbral de una terrible y espantosa historia". Los exponentes esclarecidos de mi generación han sido los escritores de dulcísimo acento Sergio Almaraz, Marcelo Quiroga Santa Cruz y René Zavaleta, guerreros sin derrota del humanismo americano.

Yo me considero un sobreviviente de esa generación, colgado de una estrella. La literatura que produzco como alfarero hace 52 años, ha tenido la virtud de salvarme. Soy una especie de Scherezada, hija del visir Shirazad en Las mil y una noches, que para probar el templo de su corazón le contaba al rey de Bagdad relatos que descendían a la realidad cotidiana. Y se reunieron mil y una narraciones. Los relatos míos han llegado modestamente a los cincuenta.

Hombres de letras, antes de llegar al inevitable reposo del guerrero, en el fin de la ruta, el galardón otorgado, Honorables Representantes Nacionales, me ha inducido a la reflexión cívica. Estoy convencido de que no soy simplemente sobreviviente del holocausto nacional y social, sino también corresponsable en el proceso de frustración del hombre boliviano, utopista que no llegó a efectivizar sus propuestas. Como Cristo, como don Quijote, como Bolívar... Se ha dicho que las utopías son irrealizables porque son islas del no lugar. Ante el país globalizado, celularizado e internetizado, todos los estandartes de la Utopía desaparecieron como las nubes cuando las bate el viento.

Al rememorar la vieja historia de mi generación, más de medio siglo de lucha y esperanza, recuerdo con el corazón apretado a mi madre que de rodillas postrada ante la imagen de Dios me entregaba a su Omnipotencia.

Concluida la segunda guerra mundial, el universo ingresó a una etapa de cambio y al que se unieron otros factores de trascendencia. Como el de la rendición incondicional del socialismo real ante la sociedad capita-



lista y democrática. Y víctima de una tenebrosa magia, el estaño, materia prima básica del país, fue reemplazado por el material plástico de uso múltiple. Se extinguió la soberanía nacional para dar paso a lineamientos mundiales y otorgar sentido de realidad a la Aldea Global, resucitando a la sociedad feudal cual una original Edad Media, donde la desocupación y la miseria, y la pobreza y la corrupción, son mayores.

En los lineamientos hechiceros se establecieron que las invasiones a los países ya no las realizan tropas de ejércitos, como en los tiempos de Napoleón, Hitler o el coronel Sotomayor, sino tecnócratas que desde escritorios blindados manejan el destino de la ciudad y del mundo. Insaciables y apocalípticos devoran ferrocarriles, aviones, barcos, bosques, agua, petróleo, gas, luz eléctrica, aire y todas las riquezas habidas y por haber, sin disparar un tiro. Las tropas de los ejércitos ahora sirven para mantener el orden interno de la nación.

Ahí radican mis preocupaciones históricas y literarias de demiurgo interpelador, mis reflexiones cívicas, Honorables Senadores de la República.

Escritor nacional, declaro que amo a mi Patria y confieso, encarándome con el cielo y la tierra, que todo lo que hice en mi vida fue por amor a Bolivia, a su historia

y a su cultura. El amor no sólo está restringido a la literatura a pesar de ser paradigma de la primera conjugación.

Ahora que existimos entre clamores y desdichas, víctimas de la furia de los dioses, debatiéndonos en una nueva, difícil y extraña etapa de supervivencia nacional, pregunto: ¿es que en todos los tiempos seguiremos siendo supervivientes de holocaustos?.

Honorables Padres de la Patria: Haciendo uso de mi fuero petionario de ciudadano y escritor y con manos suplicantes, os encarezco salvar a esta nuestra Bolivia enferma, que se encuentra desahuciada, y cuya afirmación rotunda de que se nos está muriendo. ¡Una extinción sin atenuantes! me llena de pavor y angustia. Nunca hubo dolor más acerbo de todos. Acaso porque los peligros y catástrofes no habían llegado tan flagrantes como en este momento en que las mismas capas dirigentes reconocen el designio de los dioses. Bolivia sufre, lo ha dicho el poeta:

¡Como un niño augural sin pan ni madre!

Honorables Padres de la Patria: Para ahuyentar esta terrible predicción de muerte recordad, en cada instante de vuestra luminosa vida, a los espíritus superiores que crearon esta "nación privilegiada que se comunica directamente con la naturaleza, habla con los montes, dialoga con los ríos y sabe, ciertas veces, lo que dice Dios".

Honorables Padres de la Patria: Haced conciencia, como mandamiento supremo, de la horrible desdicha que se abate sobre la Patria. Que el país salga del quirófano cuanto antes no como un resucitado Frankenstein sino como el mítico Manco Capaj con su vara mágica para abrir, en la terrible vorágine en la que se escuchan oraciones y lamentos, las puertas del porvenir venturoso y en el cual porvenir todos tengamos derecho a disfrutar de una Patria de auténtica prosperidad.

Honorables Senadores de la República: Habéis llegado al más alto sitial legislativo de la representación democrática de la Nación y en consecuencia vuestra responsabilidad es muy grande.

Los ciudadanos de la República estamos para ayudarlos.

Néstor Taboada Terán
Prestigioso escritor boliviano